



LA TERNURA: EL ANTÍDOTO

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=q4ksXOMNE9Y>

Un saludo a los participantes del Tercer Congreso Virtual sobre la Educación del Corazón organizado por la Universidad Francisco Victoria, en esta edición con un título que me parece muy sugerente “La ternura: el antídoto”.

Yo entiendo que en este congreso habrá distintas perspectivas desde las que se aborde esta temática: la ternura como antídoto. Y supongo, además, que algunas perspectivas subrayarán el aspecto psicológico antropológico, pero otras, obviamente, van a subrayar más, como es mi caso, el aspecto antropológico, moral, teológico. Creo que es una perspectiva clave la teológica y la moral antropológica para poder también abordar plenamente ese tema que, desde este congreso, se quiere tratar: la ternura como antídoto.

Voy a partir de un texto del profeta Ezequiel donde en Ezequiel 36 versículos del 24 - 26 dice *«Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará. De todas vuestras inmundicias os he de purificar. Y os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo. Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne»*

Es decir, la perspectiva teológica, nos dice, que para poder amar con ternura hace falta un cambio de corazón. «Arrancaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne», vamos a analizarlo, parto de un análisis muy sencillo de esta expresión del profeta Ezequiel “arrancar”. Dice “arrancar” porque eso también tiene una dimensión moral, ascética, además de mística, teológica, porque para poder llevar adelante este cambio del corazón que nos permita amar con ternura, hay que arrancar muchas cosas: hay que arrancar cual si de un parto doloroso se tratase, arrancar nuestros malos hábitos, arrancar apegos, falsas seguridades detrás de las cuales nos hemos pertrechado y que nos impiden amar con ternura. Ese “arrancar” sí supone descubrir heridas que nos impiden amar y eso es doloroso. Hay un parto doloroso en ese aprender amar.

Pero a continuación de “arrancaré vuestro corazón de piedra” luego dice “Os daré (es un gran don) un corazón de carne”. Y sin duda alguna está prometiendo que es el don del Corazón de Cristo, el don del Corazón de Jesús el que nos va a enseñar amar con ternura. Una vez más, hay que subrayarlo : el Corazón de Cristo es la escuela del amor humano y en él aprendemos a amar con ternura.

Pues bien, dice el título de este congreso “La ternura: el antídoto”. Si hablamos de antídoto es porque se supone que habido un diagnóstico en el que se ha descubierto que hay un problema muy serio, una incapacidad para amar, ante la cual hay que buscar un antídoto. Un antídoto quiere sanar una enfermedad, una herida. ¿De qué diagnóstico partimos? pues de el miedo a amar. Existe un miedo a amar, existe una incapacidad para amar. Es difícil distinguir hasta qué punto es incapacidad, hasta qué punto es miedo, hasta qué punto es una ignorancia.

Sí, se tiene miedo amar porque se tiene miedo a sufrir porque uno comprueba que cuando se ama se sufre porque obviamente el amor y el sufrimiento están indivisiblemente unidos en esta vida. Y entonces ante ese miedo existe el riesgo de blindarnos. Uno se blindo, yo me aislé y así hemos hecho hogares de puertas cerradas. Cada vez nuestras relaciones son menos extensas. Nuestros mayores vivieron unas relaciones de familia extensa en las que se juntaban todos, se encontraban los primos, los sobrinos. Cada vez vamos hacia un modelo familiar más nuclear e incluso muchísimos millones de personas viven en la soledad por miedo en gran medida, por miedo a amar, por miedo a implicarse.

Obviamente, como el hombre está hecho para amar y le tenemos miedo al amor, eso, como os podéis imaginar, es una bomba lapa. Porque si yo estoy hecho para amar y como le tengo miedo amar, me blindo, pues eso es una bomba lapa que explota por algún lado y explota por las falsas compensaciones que intentan suplir de alguna manera. El narcisista pretende suplir ese amar “a otro” por una amarse “a sí mismo”, pero sin ser capaz con ello, obviamente, de satisfacer, de dar cumplimiento a la vocación al amor para la que uno ha sido creado.

En nuestros días, permitidme que subraye un aspecto, es obvio que se está recurriendo, desde una perspectiva desequilibrada de tipo animalista, a buscar en las mascotas la sustitución de algo que sea capaz de dar respuesta a esa necesidad de amor que tenemos. Pero, obviamente, esa otra es otra equivocación. Nuestra relación con las mascotas no puede suplir la vocación al amor para que el que hemos sido creados. Entre otras cosas, porque el amor es interpersonal y en el sentido estricto de la palabra, no se puede tener ese amor, un verdadero amor en el sentido pleno, interpersonal con una mascota, porque la mascota no es un ser personal, no tiene entendimiento y voluntad, no ha sido creado para amar como nosotros hemos sido creados.

Por lo tanto, el diagnóstico es que buscamos, damos tumbos porque tenemos esa vocación al amor, tenemos miedo al amor y entonces no sabemos cómo salir de esta especie de callejón, aparente callejón sin salida. Y ¿cuál es la salida? La salida es la ternura, la ternura que nos ofrece el evangelio. La ternura es la caridad. La caridad que se conmueve ante el don de ser amado incondicionalmente. Soy amado incondicionalmente, me admiro de ello, lo descubro, me conmuevo y entonces, eso se traduce en ternura, en amabilidad. ¿Cómo no voy a manifestar con ternura y amabilidad cuando me siento conmovido? porque he descubierto la gran perla preciosa que estaba oculta, que yo era amado incondicionalmente.

Me siento cautivado por la belleza y la bondad de un Dios que me revela en Jesucristo, que soy amado incondicionalmente. Y Él me enseña a no tener miedo a expresar el amor, a no tener incluso pudor, porque a veces tenemos pudor y estamos pertrechados

en nuestros roles, en nuestros roles en los que mostramos una falsa apariencia, un pose delante de los demás que nos impide tener la frescura de mostrarnos tal y como somos. La verdadera respuesta, el verdadero antídoto es la ternura de quien se siente conmovido por ese amor que ha descubierto, esa perla preciosa y entonces es capaz de romper con todos los corsés en los que está encorsetado, los que le impiden expresar verdaderamente la novedad que se desprende de ese encuentro con el amor incondicional que es Jesucristo, que es el Corazón de Cristo.

Jesús, el Corazón de Jesús nos enseña a amar con ternura, a amar con dulzura. En la devoción al Corazón de Jesús ¿cuántas veces se han dicho este tipo de expresiones? qué dulce es el amor de Dios! qué ternura tiene el amor de Dios! y a veces nos han parecido que esas expresiones son expresiones de romanticismo, sentimentalista de otra época, de otros siglos. Y resulta (mira tú por dónde) que el devenir de la historia ahora hace que esas expresiones las veamos verdaderamente providenciales, dichas para nuestro tiempo: que se tiene necesidad de la ternura como antídoto, tenemos necesidad de la ternura del Corazón de Cristo.

Además, digámoslo claramente, el Corazón de Cristo tiene una ternura que tiene una característica especial, que no es una especie de ternura, en el sentido emotivista sentimentaloides de la palabra, como si fuese una especie de colchón afectivo para sentirme yo bien. La ternura, el amor del Corazón de Cristo se traduce en un amor fecundo, en una ternura fecunda. Es una ternura, no únicamente de búsqueda de mi bienestar, es una ternura de fecundidad. Esto es importante subrayarlo, es muy importante.

Recuerdo haber asistido al que fue el primer Congreso mundial de la Divina Misericordia en el que un ponente, creo recordar que era un biblista brasileño, expuso como la palabra, el término “corazón” en el lenguaje bíblico, en su sentido semántico, es sinónimo de la entraña o el útero. Quizás por influjo del romanticismo, nosotros hemos equiparado la palabra corazón a un término que hace una referencia al típico corazoncito atravesado por una flecha dibujado en un árbol, lo hemos equiparado a una imagen que es reflejo del mero sentimiento, pero decía él que en el sentido bíblico el término corazón, no etimológicamente, pero sí semánticamente, es sinónimo de las entrañas.

Dios tiene corazón es lo mismo que decir Dios tiene entrañas. Y Dios nos ama con ternura es lo mismo que decir que Dios nos da el don de volver a nacer de nuevo, nos da luz, nos hace criatura nueva, nos capacita para amar. Y entonces la ternura es fecunda, no solo es consoladora, es que además de ser consoladora es fecunda. Son las entrañas, es el seno materno de Dios, lo que nos da la capacidad de nacer de nuevo y así también es ese amor de ternura recibido del Corazón de Cristo el que recibimos nosotros. Estamos llamados a ser capaces de amar no solo para ser consolación de nuestros hermanos, sino para ser también instrumento de Dios que les ayude a nacer de nuevo, a volver a nacer una vida nueva, a fundarlo todo en Cristo.

Hacer verdad eso que dice Apocalipsis 21:5 « *Mira cómo hago nuevas todas las cosas*» Amar con ternura es la posibilidad de hacerlo todo nuevo, amando con ternura, amando desde el corazón de Cristo.

Pues sí, queridos, felicito de nuevo a la Universidad Francisco Victoria, porque nos permita hacer esta reflexión de educar el corazón para amar con ternura, porque será el auténtico antídoto, será la única posibilidad y la verdadera respuesta para poder salir, en socorro de un hombre, de una mujer que sufren porque necesitan la experiencia de ser amados con ternura y poder también ellos expresar esa ternura hacia aquellos que sufren.